



Viuda e hijos de Arango.

LA REINA DE SABA

LA REINA DE SABA.

Mas que la salud y la hermosura he amado
la sabiduria y he decidido tomarla por mi luz,
porque nada puede ofuscar su esplendor.

(Sap. Cap. VII.)

Al mediodia de la Siria, entre el mar Rojo, el oceano Indico y el golfo Pérsico, se extiende una region arenosa surcada por varias cordilleras de montañas y sembrada de vastos desiertos: esta region es la Arabia. La parte meridional de este gran país, cercada por las aguas, es ménos estéril que el resto; y por razon de sus ricos frutos es conocida con el nombre de Arabia Feliz. Tuvo antaño minas de oro y plata, y fué, segun Plinio, rica en pedrerías. Allí es donde la antigüedad entera ha colocado la cuna del fénix, ave portentosa, dotada por la fecunda imaginacion de los viejos escritores, del privilegio de la resurreccion. Allí tambien nacen el incienso, el bálsamo y los demas aromas: poblado está el aire de tan suaves olores, que arrebatados

por los vientos hasta el mar, hacen respirar á los navegantes la Arabia ántes con mucho de arribar á sus playas.

La tribu de los Sabeos era la mas afamada de todas las de la Arabia Feliz; y fueron sus riquezas frecuentemente el objeto de las ponderaciones de los escritores griegos y romanos. Su capital era Sabá, cuyo origen se hacia remontar hasta los tiempos cercanos al diluvio, y cuyo nombre se derivaba de uno de los nietos del patriarca Heber. Hay algunos geógrafos que creen ser la actual ciudad de Zebid la antigua Sabá; pero otros suponen que esta se hallaba situada en el lugar hoy ocupado por Mareb. Este país, segun el dicho del poeta Claudiano, fué gobernado por mujeres en un principio.

Por los años 3000 del mundo obedecian los Sabeos á una princesa, confundida por Josefo con la Nitocris de Herodoto y cuyo nombre, segun las tradiciones arábigas, era Balkis. Es conocida en la historia solamente por el título de reina de Sabá y por el viage que hizo á Jerusalem, con el fin de honrar á Salomon. Quiso ver las obras potentes y escuchar las sábias respuestas del monarca israelita, que llenaba entónces el Oriente con el brillo de su gran reinado; lo quiso porque el ingenio y la virtud son el sello de los hombres de la Providencia, á quienes Dios marca de esa suerte para asegurarles el respeto, la confianza y el amor, para que se les pidan palabras de luz y se reciba la inspiracion de sus ejemplos de fortaleza, del propio modo que aguardan las plantas una mirada del sol y algunas gotas de rocío para desarrollarse y florecer. En efecto, el mundo intelectual y el moral, lo mismo que el físico, se sostienen y brillan por la constante armonía de los elementos mas fuertes y mas débiles que encierran. Y es menester decir, en aliento y honor de todos, que muchas veces hay tanta grandeza de alma en reconocer y saludar la gloria, como mérito en conquistarla y sabérsela hacer perdonar.

Opinan varios intérpretes de la Escritura Santa que la reina de Sabá, llevada de un impulso interior, venia á buscar á la Judea un tesoro mejor que las piedras preciosas y los perfumes de la Ara-

bia, á saber, el conocimiento del verdadero Dios y del culto que le es debido; y el fundamento de esta opinion es que aun en la época en que no habia hablado el Cielo á la tierra sino en el Eden y desde las alturas de Sinaí, época en la cual era consiguiente que las creencias refugiadas en Israel se hallasen entre los demas pueblos en el estado de meros vestigios, nadie habia, mas que hoy, condenado irrevocablemente al error; y siempre fué posible para los espíritus sinceros y los corazones puros ir á sentarse en el banquete de la verdad religiosa. Resuena la palabra divina sin fin en todo el mundo; todos los oídos la pueden escuchar, y toda libertad debe inclinarse, recibirla y obedecerla. Es de creerse que la reina de Sabá fué á Jerusalem llamada por esa sabiduría sobrenatural, mas que atraída por una curiosidad cuanto á lo demas digna de elogio; y bajo este aspecto se la puede reputar la personificación de esas almas, que no pueden resignarse al envilecimiento de una vida meramente exterior y sensual, que buscan con lealtad lo que deben á Dios y á los hombres, y emprenden hácia la verdad y virtud una generosa romería.

Por lo demas, Salomon, entónces sábio y glorioso, tenia derecho verdaderamente á la admiracion de sus contemporáneos. Sabida cosa es que su reinado fué para los israelitas una época incomparable de prosperidad y de gloria. La agricultura honrada, los tributos exigidos de los pueblos sojuzgados, las contribuciones impuestas á las heredades de los ciudadanos, los derechos que pagaban las mercancías extranjeras, los trabajos de los sirvientes y de los esclavos eran en el interior los manantiales fecundos de los tesoros de Salomon. Para formarse alguna idea del estado de adelantamiento en que se hallaban las artes basta considerar la construccion del templo, monumento levantado en siete años, cuya magnificencia y primor le han hecho célebre tanto por la Escritura como por las tradiciones.

No perdía el tiempo Salomon en el exámen de fútiles y complicadas teorías acerca de la division del trabajo, la produccion y division de la riqueza. Lo que recomendaba eran los ahorros, la

economía y una laboriosa actividad, presentando todas estas cosas como otros tantos principios eficaces de la comodidad; y predicaba la virtud, la piedad y la caridad, como remedio de los deseos inquietos y arrebatadas pasiones del corazón humano. No había un solo hombre en Israel y Judá que no permaneciese tranquilo bajo su viña ó su higuera, desde Dan hasta Bersabé, es decir, del uno al otro confin de la Palestina.

Rebosaba por el exterior la gloria de Salomón y hacia inclinar á sus piés los pueblos y los príncipes de las mas lejanas tierras. Desde el Eufrates hasta el Mediterráneo, y desde las fronteras septentrionales de la Siria hasta Idumea y el Egipto; todos eran vasallos ó amigos suyos; le enviaban regalos y le pedían consejos. A sueldo suyo estaban los mas hábiles obreros de Tyro; traíanle sus bageles de remotas comarcas el oro, el marfil, los animales raros y las maderas olorosas. Dábale Mémpsis á la hija de sus reyes por esposa; en una palabra, toda la grandeza, y el poder que entonces existía sobre la tierra, tributaban homenaje á la grandeza, al poder y la sabiduría del hijo de David. Su reputación se conserva hasta el día entre los pueblos orientales de una manera prodigiosa, y han dado ellos su nombre de Salomán á esos monarcas poderosos que segun suponen en sus leyendas, han poseído el imperio de toda la tierra.

A esta gloria vino á visitar la reina de Sabá, y á esta sabiduría vino á proponer la solución de varios problemas. Entró en Jerusalem con la mayor ostentación, seguida de una magnífica escolta y de multitud de camellos cargados de oro, de armas y de piedras preciosas. Fué presentada al rey, le manifestó sus dudas y le hizo preguntas, segun la costumbre muy bien recibida entre los antiguos, y sobre todo entre los orientales, de ocuparse en resolver toda clase de enigmas sobre puntos de religion, de moral y de política; y la sabiduría de cada cual se revelaba en la sutileza y profundidad de sus respuestas.

Instruyó Salomón á la reina acerca de todas las cosas que le preguntó; y tuvo ella ocasión de admirar la extensión del talento

y la esquisita sagacidad que demostraba el gran rey en todas sus palabras y acciones. Dotado de un ingenio grande y feliz que encontraba en la luz sobrenatural un principio mas de desarrollo y elevación, había hecho florecer todos estos dones por la experiencia reflexionada y por la virtud, que son la cultura del alma. Estaba aun su gloria sin mancha; la sabiduría se desbordaba de sus labios como un río, y resplandecía en su conducta como un diamante engastado en oro; y de todos los tesoros que prodigaba su generosa hospitalidad, ninguno había mas precioso que sus palabras y sus ejemplos.

La reina visitó los palacios y el templo que había sabido levantar la magnificencia de Salomón; y la admiración de la ilustre extranjera, muda en un principio, halló por fin palabras con que expresarse, y en el capítulo X del lib. 3º de los Reyes leemos que habló á Salomón de esta manera: «Verdaderas son las cosas que yo había oído en mi tierra,

«Acerca de tus pláticas y de tu sabiduría: y no daba crédito á los que me lo contaban, hasta que yo misma he venido y lo he visto por mis ojos, y he hallado por experiencia que no me han dicho la mitad: mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído.

«Dichosas tus gentes, y dichosos tus siervos, que están siempre delante de tí, y oyen tu sabiduría.

«Bendito sea el Señor tu Dios, á quien has complacido, y te ha puesto sobre el trono de Israel, porque el Señor amó siempre á Israel, y te ha establecido rey para que hicieras equidad y justicia.»

La reina permaneció, segun es de creerse, algunos meses en Jerusalem; y cuando partió hizo á Salomón regalo de una suma inmensa de oro y abundantes perfumes y piedras preciosas. La munificencia del rey supo corresponder á todos estos presentes con usura.

Después de la visita de la reina de Sabá, fué cuando Salomón, infiel á su gloria, se encenagó en la corrupción y la idolatría. Depravóse su corazón en medio de la abundancia, de ese escollo

famoso por el naufragio de tantas ilustres virtudes; y su espíritu, trocado en juguete de la contradicción, traicionó las máximas de sabiduría que había profesado, á la manera de un hijo de familia, que sepulta el lustre de su nombre en la oscuridad de impuros, y viles, y vergonzosos placeres. ¡Triste y ejemplar monumento de la imperfección de las criaturas y de su natural inconsecuencial! No existe el bien en nuestras almas sino como una ligera llama amenazada á todo instante por recios y enemigos vientos, de los cuales solamente la atención y el valor la pueden salvar. Y á esto se agrega que una vez extinguida esa llama, ¿quién podrá, ó mas bien dicho, quién querrá volverla á encender? Son un problema los últimos sentimientos de Salomón: ignórase si dió cima á sus errores con la desesperación y la impenitencia, ó bien buscó el perdón en la inmensidad de la clemencia Divina.

Nada nos dice la historia acerca del paradero de la reina de Sabá despues de su viage á Jerusalem; pero todo nos induce á creer que siguió las lecciones de la sabiduría con mas constancia que su real preceptor, porque ha sido celebrada por los Padres de la Iglesia como una santa mujer elegida de Dios, que supo corregir con la sinceridad de su fé el paganismo de su origen; y sobre todo, porque su nombre ha merecido un honor superior á todo elogio humano, pues la Sabiduría encarnada se dignó proponerla al mundo como un ejemplo de lo que se debe y una prueba de lo que se puede, cuando se trata de conocer la verdad y de practicar la virtud. «La reina del medio dia se levantará en juicio contra los hombres de esta nacion y los condenará, dijo el Señor, porque ha venido desde los confines del mundo á escuchar la sabiduría de Salomón.»

